****

**RAIZ DE LA ESPERANZA   
Extracto  
Olegario González de Cardedal**

**Finitud y esperanza  
Historia**

**1. El hombre ser para la vida y la muerte  
El hombre es un ser vivo que sabe de su muerte. Su vida es constitutivamente necesidad de afirmación a la vez que conciencia insuperable de muerte. Esta conciencia no es un saber ocasional, determinado por una situación concreta o sólo propia de una fase de la vida. La conciencia del origen, de la ordenación personal a la trascendencia, de la muerte, de la felicidad como esencial al vivir, de bienaventuranza como destino, pertenece no a una fase del vivir sino a la estructura misma del existir humano.**

**El hombre en la vida se encuentra con la verdad primero buscada y deseada, luego tanteada y reconocida; finalmente visitado y poseído por ella, traspasado por su luz y su fuerza. La verdad entera enteriza al hombre, haciéndole partícipe de su indestructibilidad, de su condición eterna y de su procedencia divina.   
Cuando la filosofía – no la ciencia – ha hablado de la inmortalidad del hombre, estaba partiendo no de la composición física sino de la capacidad y destinación del hombre, que siempre se ha sentido llamado y naturalizado desde la verdad.   
Por ello el hombre se define al mismo tiempo como mortal e inmortal: como estructura finita, creada, caduca y como capacidad de la Verdad, del Infinito, de la Vida. La Verdad para la que he sido connaturalmente creado y que se me da en el tiempo como objeto de mi razón y necesario alimento de mi deseo, me trasfiere a su condición eterna: “Cómo, pues, siendo inmortal la razón, soy definido como un animal racional y mortal? ¿acaso la razón no es inmortal?... Luego si es inmortal la razón y yo que todo lo discierno y enlazo soy razón, lo que es mortal no entra en mí, no me pertenece. O si el alma no se identifica con la razón y sin embargo uso de razón, y por ella poseo un título de nobleza y de superioridad, es necesario pasar de lo inferior a lo superior y de lo mortal a lo inmortal. (1)**

**La verdad es superior, anterior y posterior al hombre, que viene de ella a ella y hacia ella camina.   
En el encuentro con ella tiene lugar un admirable intercambio: la Verdad se desposa con el destino del hombre y el hombre comparte el destino de la Verdad misma. Va siendo humillada, herida y desangrada en la historia de los hombres. Pero aunque reducida a la tierra, la Verdad sin embargo no es sumergida bajo ella hasta no rebrotar; herida, nunca queda tan agotada en sus órganos vitales que no pueda seguir produciendo vida; desangrada, nunca muere.**

**(1) San Agustín, De ordine , 51 (Obras de San Agustín: BCA 1,755)**

**2. El hontanar de la esperanza   
La esperanza nace para el hombre del encuentro con algo o con alguien que le puede sustraer a la incapacidad para otorgarse a sí mismo amor, bienaventuranza, vida definitiva. Porque nada de lo absolutamente necesario para el hombre puede ser conquistado por él mismo, aun teniendo que alcanzarlo todo. Ni siquiera la libertad que parecía lo más propio, insustituible e inalienable. Hay una libertad punto de partida y hay una libertad punto de llegada. Se nace naturalmente libre para poder llegar a ser personalmente libre.   
La esperanza última, la que se enfrenta con la muerte, no puede encontrar fundamento en las posibilidades mismas del hombre.**

**Ante el propio límite absoluto solo se puede esperar esperando con otro. Nace por tanto de la confianza y del crédito que recíprocamente se otorgan dos seres. Y un ser humano otorga crédito a otro cuando se manifiesta a él, le toma en consideración absoluta, le da confianza y le afirma incondicionalmente; en una palabra, cuando tiene fe en él y amor a él. A su vez, esta fe y amor iniciadores y constituyentes de la relación reclaman un acogimiento y consentimiento y respuesta equivalentes, es decir, fe y amor. Cuando una y otro se dan por ambas partes, nace la esperanza. Cuando fe y amor se dan recíprocamente entre Dios y el hombre, surge la esperanza teologal. Hablamos de esperanza teologal, porque nos es dada por Dios a la vez que tiene a Dios como objeto. “Es nuestro Señor Jesucristo y Dios Padre nuestro, el que nos ha amado y nos ha dado un aliento eterno y una bella esperanza en gracia". (2) A esta gracia siguen una posición personal y una apropiación sucesiva. Por ello junto al verbo “dar” el nuevo testamento utiliza el verbo “poseer”, nosotros poseemos y nos sostenemos en esa esperanza. (3)**

**La pregunta por la esperanza es por tanto la pregunta por la alteridad en la vida humana. ¿Ante qué o ante quién existe el hombre? Y esa realidad que está frente a él o ante la que él está, ¿entra en relación con él? Y la relación que con él se instaura, ¿es de amenaza o de paz, de cuestionamiento o de afirmación, de mudo silencio o de palabra creadora?  
El hombre es inmortal por relación antes que por constitución.  
El hombre es inmortal porque constitucionalmente es personal, religado y relacional, a otra realidad: al poder de lo real, a la potencia sagrada y a la santidad de Dios.**

1. **2 Tes. 2,16**

**(3) Rom.15,4; 2 Cor 3, 12 Ef. 2,12**

**3. La persona realidad desde la relación  
La esperanza hay que pensarla por tanto desde la persona que es el hombre y no desde las hipotéticas partes que lo forman: cuerpo y alma.**

**Cuerpo y alma no existen si por ellos se entienden dos componentes divisibles y separables, amortizables o vivificables uno al margen del otro.  
La realidad personal que es el hombre va existiendo en corporeidad sucesivamente, en libertad sucesivamente, en historia sucesivamente, en projimidad sucesivamente. Esa totalidad personalizada desde un fundamento sagrado de realidad personal, que es el hombre, está destinada a la vida, no es destructible por la muerte y tiene capacidad de sobrevivir a todas las anulaciones que desde fuera se intentan contra ella. Es destructible en su actual forma biográfica de existencia, pero no es anulable en su realidad personal.   
Existe una forma límite o el hombre en el límite, como posibilidad para ser capacidad de ir siendo; como raíz de un destino que está llamado a crecer desde sí mismo; como otorgamiento de confianza, crédito y futuro. Todo eso le está dado al hombre, es sagrado y esta sustraído tanto a sí mismo como el prójimo.   
El hombre es criatura; no es creador. Existe desde unos límites temporales, locales, biológicos y biográficos, que no pueden ser borrados hasta hacer desaparecer los rasgos iniciales. Consentir al origen fundante, aceptar el límite como punto de apoyo para ascender o abrirse a lo Ilimitado es la condición primera de la existencia y de la libertad. La creación divina en el hombre ordena para el consentimiento. El consentimiento a Dios le cualifica para la propia capacidad creadora.   
… El cristianismo ha partido de la afirmación del Génesis: “El hombre ha sido creado a imagen de Dios y destinado a ser semejante a él.”(4) Esa capacidad de todo, y esa igualdad de origen con Dios a la vez que la destinación a asemejarse a él, constituyen el fundamento de una relación integra al hombre en otro destino y en otra posibilidad superior a las suyas propias.**

**El cristianismo ha considerado la relación y la misión como fundantes del ser hombre a la luz el destino de Cristo, en quien realidad personal y misión divina coinciden absolutamente. Por ello consumó en sí mismo la donación suprema de Dios y la realización de la humanidad. (5)**

**(4) Sobre el alma III, 8 (431,20-24). Santo Tomás. De veritate, 1 q 1, a. 1 in c. Gén. 1,26  
(5) Cf. H.U. von Baltasar, Teodramática III. Las personas del drama. El hombre en Cristo, Madrid 1993, 143-240; misión y persona de Cristo.**

**4. La confianza en el Otro**

**La primera palabra del Génesis sobre el hombre habla de barro de la tierra y de soplo de Dios. Tal es el sustrato de quien existe en cuanto a imagen y semejanza de Dios, en cuanto yo del otro sexo, en cuanto palabra respecto de los animales y del mundo. Dios, prójimo y mundo son así la alteridad constituyente del hombre: constituyente de su ser en realización, de su vida y de su muerte también. Una noción de autonomía que arranque al hombre de aquellos poderes y dominaciones, que sucesivamente le han ido esclavizando, es sagrada, y por defenderla debemos correr todos los riesgos.**

**Pero una noción de autonomía que cierre al hombre sobre sí enajenándole a Dios, al prójimo y al mundo, bien porque los ignora o bien porque los domina y se los apropia, rompiendo la relación originaria, es una manera de vaciar y anular al hombre condenándolo a la soledad de las cosas, al dolor de la incomunicación y a la violencia de la muerte. Esta renace cuando el prójimo es visto sólo o sobre todo como objeto del deseo o de la dominación y no como el rostro en que nos encontramos con el Absoluto, en que nos encontramos a nosotros mismos y en el que contemplamos el mundo.   
La esperanza es así fruto de la comunicación y de la relación, de la misión y del amor. Se adquiere no en el esfuerzo titánico de quien se afirma hasta un límite, que equivaldría al desecamiento y solicitud suprema. Se adquiere en el desistimiento confiado de quien se acoge enviado y sostenido, llamado y esperado.  
El hombre sólo tiene esperanza cuando sabe que alguien le espera.  
De sí mismo no se atreve a esperar más que su fenecimiento y soledad, y no porque le falte osadía o coraje sino porque el realismo le impide saltar sobre sí. Sólo la ceguera o la desmesura le llevarían a pensar de otra forma.   
El hombre va más allá de sí mismo para confiar en su hermano. Pero éste es también finito, mortal y pecador como él. Por ello no puede ofrecerle último fundamento para la esperanza. Pasando por él tiene que trascender hasta aquel que es fundamento suficiente y eficiente para sus últimos anhelos.  
… La bondad de nuestro prójimo nos puede ayudar en nuestra salvación, mas su maldad nunca tiene capacidad suficiente como para arrastrarnos a la condenación. San Agustín percibió esta determinación a la vez que esta sustracción absoluta de cada hombre frente a los demás, junto con la confrontación y referencia directa a Dios.   
La gracia es objetivamente eficaz aun cuando manos pecadoras sean sus arcaduces.**

**… Le he considerado como uno de los buenos; ahora bien, si es malo, aquél lo sabe. Si es bueno, ni aun entonces es el fundamento de mi esperanza. Esto fue lo primero que aprendí en la Iglesia Católica: a no poner mi esperanza en el hombre.   
¿Ha encontrado el hombre a lo largo de sus días “envíos”, “mensajes” del Absoluto que hayan llegado hasta él dirigiéndole la palabra, nombrándole por su nombre y ofreciéndole compartir otra forma de vida y una nueva misión?**

**5. La historia sagrada por humanación de Dios  
La Biblia, en cuanto historia, es el relato de esa revelación-misión-donación del Absoluto. No es el relato de una búsqueda heroica que los hombres hayan hecho de Dios, amor de Dios, en mayor o menor medida quieren ser todas las religiones. El cristianismo, preparado por la historia del pueblo judío y presuponiendo esa capacidad de búsqueda receptiva y acción, invierte los términos del problema. Es Dios quien busca al hombre, se acerca a su historia, mora en su tierra, hasta el punto de entrar en su género de vida imitándola. En el comienzo está la imitación del hombre por Dios y sólo desde ahí será posible la imitación de Dios por el hombre.   
Se habla siempre, dice Dios, de la imitación de Jesucristo.  
Que es la imitación. La fiel imitación de mi Hijo por los hombres.  
… Pero, en fin, es necesario no olvidar   
Que mi Hijo había comenzado por esta singular imitación del hombre.  
Singularmente fiel.  
Que ella fue elevada hasta la identidad perfecta. Cuando tan fielmente, tan perfectamente, revistió la suerte del hombre…**

**La Biblia no es ante todo la gesta de héroes y santos que hayan conquistado la tierra, llegado hasta el cielo o sondeando los abismos. Lo que sorprende cuando se pasa de la literatura griega a la literatura bíblica es la diferencia de magnitud humana. Los hombres griegos están pensados para la belleza y convocados al heroísmo. Viven en la luz y tienden hacia el cielo. Los hombres bíblicos son más humanos, literalmente más cercanos al “humus”, a la tierra, más débiles, más vulnerables y a la vez más esperanzados, menos trágicos.   
No intentan conquistar el cielo – lo divino, los dioses, el destino – sino que van tras él. Se llamará tierra prometida, liberación de Israel, descanso eterno, Reino de Dios. Son hombres de oído, están a la espera de una voz que los llama. Y no por ello han vivido en la holganza e inactividad sino todo lo contrario.  
Al final de esa larga historia forjada en la plegaria, en la reflexión metafísica y en la iluminación profética abierta al descubrimiento de la iniciativa, relación y misión de Dios con los hombres, aparece Jesucristo. Un judío de su tierra y de su tiempo, de Galilea y no de Arabia, hijo de la esperanza y de la promesa del antiguo testamento.**

**Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios  
El Verbo se ha hecho carne para que la carne participe del Verbo.   
El Eterno se ha hecho temporal para que el temporal sea eterno.  
El Inmortal se ha hecho mortal para que el mortal llegue a ser inmortal.**

**La encarnación de Dios tiene como finalidad la divinización del hombre. Que Dios se haya mostrado humilde y pacientemente solidario del destino humano y que, desde dentro, lo haya trasformado en el fundamento último de la esperanza humana. Esta es así el gozo y orgullo de ser hombres, confianza en la santidad objetiva de nuestra existencia, espera de un futuro a salvo de los poderes mortalizadores, entrega a la fidelidad de Dios, seguridad de que nada nos pueda arrancar a su amor.  
Esta esperanza es la esperanza del hombre y la de cada uno de ellos, sin que se apoye en la peculiar cualidad de cada uno. En una inversión de lo humano y pecador acostumbrado, la Biblia refiere el mayor amor de Dios al menor valor del hombre y a su mayor indigencia: pobreza, pecado, lejanía.  
Cada hombre puede decir con San Pablo: “Me amó y se entregó por mí,” (6) o sentirse interpelado por San Agustín: “Por ti, Dios ha compartido nuestro tiempo para que tu compartas su eternidad” (7).**

**(6) Gal 2,12  
(7) Jn I Joa II,10 (SCh 75-170)**

1. ***El Futuro absoluto entrañado en el presente***

***El hombre cree casi todo con facilidad, pero encuentra dificultad para creer que Dios pueda ser bueno en tal forma. Su condición de pecador no le permite pensar bien de Dios hasta el extremo de creerse que haya sido él quien, sin necesidad ni indigencia, haya instaurado relación con los mortales y pecadores.***

***… La esperanza reclama un pasado resanado y una memoria amorosa, porque el futuro no surge de lo absoluto inesperado, sino de la plenitud todavía indiscernible, pero ya presente en la historia del hombre. Y Dios nos abre, resana, recrea y perdona.***

***Sabe éste que en un sentido todo será nuevo y en otro nada será del todo desconocido. Dios es el siempre conocido, aun cuando sea el siempre sorprendente. En el cristianismo la esperanza es la desembocadura de una historia determinada por la promesa de Dios y la fidelidad del hombre. Y sin embargo, a la vez, es la espera del Absoluto insospechable, “Ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.” (8)***

***El cristianismo, como religión de la esperanza, surge de la encarnación de Dios en el mundo…***

***Dios, que nada necesitaba porque en su misterio trinitario desde siempre es relación constitutiva, se ha mostrado relacional y personal. La creación y la encarnación aparecen entonces como fruto de un Dios que es originalmente relación y se abre más allá de sí mismo para ofrecerse a otros seres. La creación es la suscitación de otra realidad que Dios hace aparecer fuera de él. Los seres advienen a un Dios en sí y permanecen fuera de él. La encarnación es una donación de sí mismo haciendo surgir una realidad, que ya no es fuera de Dios ni fuera del hombre. En Jesucristo, como lugar de cruce entre Dios caminando hasta ser hombre y del hombre caminando para ser Dios, dan de sí el máximo pensable tanto Dios como la criatura. Por eso aquel tiempo fue la plenitud de la historia, no por un arbitrario decreto de Dios o de los hombres, sino porque entre Creador y criatura no es posible acercamiento, solidaridad y unión mayor. Todos los tiempos anteriores iban hacia ese encuentro y todos los tiempos posteriores viven del recuerdo, actualización y realización en cada uno de los humanos de aquella encarnación, ya que “el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo, con todo hombre.” (9)***

***Esa nueva relación que Dios hace posible al hombre, tras la encarnación, instaura una naturaleza nueva. El hombre que ha acogido y correspondido a la iniciativa de Dios entra en nueva relación con él, compartiendo no solo su amistad sino también su naturaleza y destino. (10)***

***¿No se deja sentir la palpitación hacia la santidad tras el heroísmo, hacia la palabra de Dios en el el tejido de las palabras del hombre y hacia la eternidad consumadora de nuestra plenitud personal cuando se van apagando las fuerzas de la vida biológica?***

***El hombre espera a Dios, y de Dios sólo puede hablar con verdad si antes Dios le ha hablado a él. Dios es así fundamento último de la esperanza del hombre. Dios como realidad y relación que el hombre no inventa sino que encuentra. Por eso no es la metafísica sino la historia la cuna de la esperanza. Sus sueños los ha velado, no el análisis, sino la oración. La oración es la matriz de la esperanza, porque en la oración es donde otorgamos crédito absoluto a Dios, o mejor, nos otorgamos nosotros absolutamente a Dios, dejando nuestros cuidados y sobre todo el cuidado de consistir y desistir, olvidados en sus manos.***

1. ***Jn. 3.2).***
2. ***GS 22.***
3. ***Sab 7, 14; 2 Pe 1,4; Heb. 3,14***
4. ***Reino de Cristo y corazón de Dios***

***La finitud abre a la esperanza y la esperanza da albergue a la finitud. Albergar es recogerla y darle cobijo en quien la puede mantener viva sin deterioro y perenne sin ser marcada por el gusano de la temporalidad, generadora de tedio. ¿ Cómo será el cobijo definitivo que Dios dará a sus criaturas, invitándolas a entrar en su propia vida, a la vez que consistiendo en si misma eternamente? Una de las frases del credo, que casi nadie sabe lo que contiene cuando la recita, responde precisamente a esa pregunta. Al afirmar de Cristo que “su Reino no tendrá fin”, no se está hablando del reino de Cristo en sentido usual, o del reinado social de Jesús, o de la perduración de la Iglesia o de otras trivialidades. Se está haciendo una afirmación rigurosamente metafísica y antropológica. Lo que el Credo quiere decir es que la humanidad, que el Verbo había asumido al encarnarse, le pertenece ya para siempre, que existirá en ella eternamente, que no la va a deponer como la gabardina de verano o el abrigo de invierno que los mortales nos quitamos una vez que han pasado las inclemencias del tiempo, el frio en uno o en el calor en otro. Lo que el credo quiere decir es que la humanidad, que el Verbo había asumido al encarnarse, le pertenece ya para siempre, que existirá en ella eternamente, que no va a deponer como la gabardina de verano o el abrigo de invierno que los mortales nos quitamos una vez que han pasado las inclemencias del tiempo, el frio en uno o el calor en otro. La humanidad de Jesús, que es la misma que la nuestra, le pertenece ya para siempre a Dios. O mejor, Dios existe ya para siempre en humanidad. Y, consiguientemente, lo humano es afirmado absolutamente por Dios en Dios. (11)***

***Las criaturas no han sido abandonadas por su creador como restos de un inmenso naufragio en la arena de la historia, sino que son avocadas e instaladas en el corazón del mismo Dios. Esa es su naturaleza, su vocación y su destino. Pero naturaleza, vocación y destino del hombre son esencialmente en libertad. Esta llega hasta el extremo de que el hombre pueda negar su posibilidad última, que es la divina, aun cuando no pueda negar su primera condición dramática de la vida humana ser capaz de ganar todo o perder todo.***

***… Ahora bien, si la ignorancia del futuro es la condición de la libertad – si todo nos fuera conocido de antemano nos sería imposible la historia real –, la confianza en el futuro es la condición de la dignidad del presente y de la vida definitiva. Cuando ese futuro no es la construcción y proyección hacia delante de nuestras capacidades técnicas, o del mero nombre para nuestros deseos y temores, sino que es aceptado como Futuro absoluto, y por tal, incomprensible, improgramable e indomeñable por nosotros, entonces confiarnos a él humilde y decididamente es ya esperar en Dios.***

***Dios absolutamente relativo a la esperanza, ya que no podemos dominarle sino sólo aguardar y confiar en que él se nos dé. La esperanza es absolutamente relativa a Dios, dándosenos él mismo con el don. El hombre es hombre en plenitud cuando vive de esa doble relación.***

***(11) Cf, K. Rahner. Eterna significación de la humanidad de Jesús para nuestro encuentro con Dios, en escritos de teología III, Madrid 1961,47-60***